

INTERNET Y LITERATURA: A PROPÓSITO DE LA CREACIÓN LITERARIA EN RED

Concepción Pérez Rojas
Universidad de Sevilla

Resumen

En los últimos años, las nuevas tecnologías han determinado no sólo los procesos de comunicación, sino el modo de abordar las distintas actividades humanas. Así ha sido en la empresa, las instituciones, las artes e, inevitablemente, en el ámbito de la creación.

Sin embargo, la creación literaria es un proceso íntimo, psicológico. Las nuevas tecnologías no sólo ponen una serie de recursos y multiplicidad de formatos al alcance del usuario, sino que llegan a cambiar radicalmente las actitudes de creador y receptor frente a la obra, y el concepto mismo de literatura.

El espacio virtual permite la escritura inmediata e interactiva, sin los obstáculos de la censura ni límites en su difusión: en la red publica quien quiere, lee quien quiere, y todo ello, generalmente, gratis. La contrapartida es que a menudo la escritura se convierte en un ejercicio liviano, y se pierden de vista los contenidos y la calidad. Pero, sobre todo, la universalidad que se atribuye a la red no es sino una visión engañosa en un contexto en que sólo la élite –una reducidísima porción del mundo occidental– tiene la posibilidad de acceder.

Palabras clave

Internet – Nuevas tecnologías – Formatos – Literatura – Escritura – Creación



Abstract

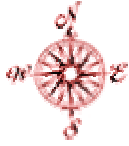
Last years, new technologies have influenced communication's process and the rest of the human acts. It has been so in enterprise, institutions, arts and creativity.

However, literary creation is an intimate and psychological process. New technologies give a lot of resources and forms to the user, and change the attitudes from author and reader about the text, and the concept of literature, too.

Virtual space permits prompt and interactive writing, without the obstacles of the censure or limits in its diffusion: on the net, anybody can publish and read, and that is free. But often, writing becomes a trivial work where contents and quality are forgotten. And even so, universality conferred to the net is a wrong vision in a context where only an elite –a very limited share of western world– can accede.

Key words

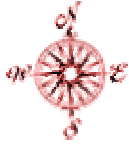
Internet – New technologies – Forms – Literature – Writing – Creation



El hecho literario no es reciente; la digitalización de los contenidos, sí. Y, no obstante, toda pretensión de poner en relación al uno con la otra pasa, inevitablemente, por una consideración previa de ambos. En este sentido, es prioritario preguntarse qué es la creación artística y, concretamente, la literaria; cuáles son su espacio y límites, dónde (y sobre todo, cómo) comienza y se termina, y qué abarca.

Hace algunos años, en uno de los seminarios para *ricercatori* (investigadores) que convocaba el profesor János S. Petöfi en la Universidad de Macerata, planteó éste la hipótesis de que un ordenador, de manera aleatoria y mediante una programación específica, produjera cierta clase de textos: ¿estaríamos dispuestos a considerarlos literatura?, ¿hasta qué punto la aceptación del carácter literario de un texto pasa por exigir que exista un autor físico y real tras él?

En verdad, y aun cuando sea posible la lectura, parece superflua la decodificación, la reconstrucción del texto cuando no hubo del otro lado la mano de un autor y, con ella, una confesa o implícita *intentio auctoris*, una necesidad o un propósito creador. Existe el resultado estético, pero se torna casi inviable la búsqueda de un sentido, búsqueda ésta que, al cabo, es el motor de la creación, tanto como lo es de la recepción. La obra es el puente físico entre autor y lector, entre emisor y receptor; mas si uno de los extremos falla, no sólo queda incompleto el proceso comunicativo, sino que, más allá de él, queda en evidencia la inexistencia de la propia obra.



No obstante, el uso de las computadoras se ha generalizado y, con éste, una nueva forma de hacer y de recibir la literatura. En primer lugar, el trabajo manuscrito ha sido sustituido por una escritura al teclado que nada tiene que ver, ni siquiera, con la mecanógrafa tradicional. Ya como procesador de textos, el ordenador permite una mayor rapidez en la transcripción, junto con una extraordinaria facilidad para la corrección y la reelaboración, en un proceso que con frecuencia se sostiene sobre el ensayo y el error.

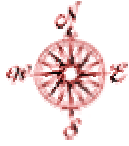
Sin embargo, no sólo se agiliza la producción del discurso, sino que, más allá de ello, se ponen al alcance del usuario herramientas que directamente inciden en la calidad y cualidad de los textos. El cambio deja de ser meramente cuantitativo para tornarse cualitativo cuando el uso de correctores gramaticales y ortográficos, de diccionarios de sinónimos, etc. limitan o desnaturalizan la autoría de la obra por parte del sujeto. Es lo que sucede cuando, por mediación de las herramientas informáticas, se consiguen textos que de ningún otro modo se habrían logrado sin ellas.

Tangencialmente, inciden también en la producción de las obras recursos como softwares, programas específicos, libros electrónicos, diccionarios; así como la posibilidad que las computadoras brindan de almacenar los textos en memoria.

De tal manera que, en sí, el ordenador no sólo representa las ventajas del procesador frente a las de la escritura manual o mecanógrafa, sino que instaura una nueva relación del propio autor con el texto. Es el primer paso, en cierto sentido, para una desmitificación de la escritura y, por lo tanto, de la literatura misma. Si bien el discernimiento acerca de sus perjuicios y bondades pertenece a un debate que excede en mucho los propósitos de este artículo.

En este punto, es fundamental recordar el concepto de *hipertexto*. En el glosario terminológico de *Learn the Net* (<<http://www.learnthenet.com>> Última consulta: 29/01/2004) queda definido como sigue:

“Hipertexto se refiere a cualquier texto disponible en el World Wide Web que contenga enlaces con otros documentos. Utilizar el hipertexto es una manera de



presentar información en la cual texto, sonido, imágenes y acciones están enlazadas entre sí de manera que se pueda pasar de una a otra en el orden que se desee.”

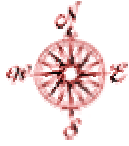
Es una definición concisa, breve, de andar por casa, si se quiere, pero que aporta clara y valiosa información. Y no obstante, y a pesar de que mucho es lo que puede decirse del hipertexto, un dato por encima de todos lo caracteriza: el hecho de que cada uno de los elementos del sistema se relacione o tenga la posibilidad de relacionarse con todos y cada uno de los demás.

En el texto literario, se ve alterada, de esta guisa, no sólo la disposición formal, sino la concepción misma del discurso. Remotamente, recordaría a aquellos libros infantiles en que, en determinados puntos de la narración, se daban al lector opciones para continuar la trama yendo a una página u otra, y cambiar el argumento, en función de su elección. Aunque de manera harto rudimentaria, el caso ilustra el *modus operandi* del hipertexto, tal como lo entendemos en la actualidad: en definitiva, una organización de los contenidos que ya no acepta los límites de la disposición lineal.

Ésta, que sería a grandes rasgos la dinámica fundamental del hipertexto, es la que permiten el procesamiento electrónico del discurso y, muy especialmente y en grado extraordinario, internet.

Con respecto al uso que se viene haciendo de internet, es preciso insistir en la necesidad de desmitificar la red. Su cualidad de espacio virtual no lo convierte en un dechado de peligros ni de bondades: a lo sumo, en trasunto –más o menos fiel– del mundo físico, *real*. Y en este contexto es donde hay que encuadrar, como todo otro aspecto de la creación humana, la literaria en internet.

Basta haber pertenecido a un foro o lista de correo para saber que, a medida que se relacionan entre sí sus miembros y se van desarrollando y discutiendo temas, comienza a dibujarse una suerte de *pensamiento en red*: unos textos enlazan con otros, unas reflexiones con otras, hasta el punto de que termina por diluirse el concepto mismo de



autoría. Recordando la mayéutica socrática, se trata de poner (y alumbrar) en común, de *dar a luz*.

En general, internet ofrece a la literatura: una gama de recursos más amplia de lo que nunca sería la más completa colección de CD's; un espacio para la creación (como proceso y como resultado); y, en relación con esta última, un *locus* para la lectura y la difusión.

Ahora bien, es importante, como se apuntaba antes, considerar el binomio mito/normalidad en relación a internet. De un lado, hay quienes, al exaltar sus perjuicios o bondades, contribuyen a alimentar el mito que se ha terminado tejiendo en torno al ciberespacio; de otro lado, quienes asumen la normalidad del fenómeno y no consideran la red otra cosa que un trasunto, un correlato de la vida del plano físico, real.

En este contexto, se trata, pues, de aceptar la red en su calidad de recurso, como espacio de virtualidad, incluso, lejos de sublimar o demonizar. Es relevante, en este sentido, el criterio de *utilidad*.

Con eso y con todo, sí hay que admitir que internet ha cambiado (o *enriquecido*) los modos de hacer de la creación y la crítica convencionales. Sin hablar de la interdisciplinariedad que el hipertexto alienta, y por ceñirme, en principio, tan sólo a lo literario, hay que tener en cuenta dos vertientes, indisolublemente unidas:

1. Los recursos que la red ofrece: listas de distribución, foros de discusión, periódicos, revistas, versiones digitales de medios impresos, medios propiamente digitales, libros electrónicos, diccionarios, e incluso hemerotecas y bibliotecas al completo.
2. Las posibilidades que el uso cabal de los recursos permite, al servicio de la creación: debate hipertextual o en línea, escritura instantánea, conversación, diversificación de (los modos de entender) la creación tanto como de la recepción de los mensajes (lectura).



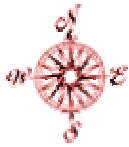
En este último punto es en el que me centraré aquí: es decir, en el modo como los recursos disponibles hacen de la red un espacio propicio para la creación.

Cuando se habla de *creación en red*, hay que diferenciar, ante todo, aquella que un sujeto desarrolla sirviéndose de los recursos electrónicos disponibles en internet de aquella otra que se ejecuta en el propio espacio virtual. Del mismo modo que hay que distinguir las publicaciones que son versión digital de ediciones bibliográficas de aquellas que son propias y exclusivamente digitales. Otras veces, es en el espacio de internet donde se originan textos y proyectos que tienen tiradas, posteriormente, en papel.

En su vertiente creativa, la red permite introducir novedades importantes en los modos tradicionales de abordar y entender los procesos creativos, así como en las relaciones que en adelante establecerán entre sí autor, receptor y texto (esto es, entre autor y lector, y de cada uno de ellos con la obra).

Grosso modo, hay diversas características que por sí mismas definen la creación en internet:

1. En primer lugar, la desinhibición. El escritor es anónimo, no se ven las caras, y ni siquiera existe la garantía del nombre (habitualmente sustituido por alias). La consecuencia directa es que, tras el beneficio de la anonimia, *cualquiera* puede escribir. Es decir, cualquiera *se atreve* a escribir.
2. En la medida en que un mayor número de personas se decide a hacerlo, sobreviene lo que bien podría llamarse *democratización* del hecho literario, de la escritura. No obstante, al extremo, el *cualquiera se atreve* puede llegar a traducirse en un *todo vale*, cuyas consecuencias huelga enumerar.
3. En virtud de sus características técnicas, el ordenador y, específicamente, el uso de internet permiten la inmediatez, el poder presentar (y lo que es más importante, *compartir*) los resultados de los procesos de creación de manera



automática, casi instantánea. A su vez, la instantaneidad alienta, de un lado, la interacción; mientras que, de otro, modifica el ritmo de creación de la escritura de antaño, retardada, masticada, sin margen para el error.

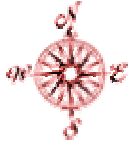
En síntesis, se combina, en una suerte de mecanismo bipolar, un cierto autismo – derivado de la relación del yo con un mundo virtual– y el *feed-back*, en una interacción comunicativa que alcanza su máximo exponente gracias a la red.

En cuanto a la relación del autor con su obra, se pierde algo de la *exclusividad* que caracterizaba la escritura convencional. En cierto sentido, la obra ha dejado de pertenecerle, en la medida en que es pública, a menudo, desde el instante mismo de su gestación. La contrapartida es la pérdida del intimismo y del carácter demiúrgico y *necesario* de la creación.

Antes, se creaba porque no cabía otra opción; y la escritura era un acto fundacional, sagrado (esto es, *segregado*, separado del resto, distinto de cualquier otro hacer). Ahora, en cambio, la escritura se funde y se confunde con otras muchas de las artes y empresas de las que el hombre acomete habitualmente; en el seno de internet, se convierte en un acto lúdico, en un valor de cambio, en un actividad social, de club; y es, en fin, el medio que en el mundo virtual tiene el sujeto para *hablar* (sin obviar el desprestigio del habla en las culturas occidentales, el escaso valor y significado que el hombre atribuye a la palabra y, en concreto, a la expresión oral).

Además, las propias características del hipertexto, al tiempo que enriquecen, difuminan las peculiaridades tradicionales de la literatura. Escribir puede ser abordar una tarea mosaica o de montaje, de *collage*.

Por añadidura, se invierte la que pareciera una relación lógica (la red al servicio de la creación) para evidenciar el peculiar sometimiento del hombre y su actividad y necesidades a las tecnologías. Los textos se configuran en función de las características de los nuevos soportes, hasta el punto de que nada o muy poco se diferencia la escritura de cualquier otro juego o entretenimiento de los que circulan por la red.



Sin embargo, como siempre, la relación del autor con su obra está profundamente imbricada en la propia relación que se establece entre esa obra y el lector; así como, por mediación del texto, entre el autor y un lector que va a ser potencial narrador.

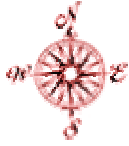
En este sentido, la retroalimentación permite que el internauta lector abandone su condición de receptor pasivo de la obra para transformarse, eventualmente, a su vez, en un creador, es decir, en *otro* autor. Es lo que sucede en los foros temáticos y listas de distribución, como más adelante se verá. La obra, que pierde, como se decía, su relación con un sujeto intrínsecamente individual, se convierte en un producto colectivo. Un ejemplo ilustrativo es el fenómeno del *reto*, que consiste en que un escritor lanza, a modo de desafío, una tentativa del tipo “juguemos a hacer acrósticos”, “escribamos hoy sólo sonetos”, a la que el resto de miembros de la lista o foro responderán con sus propias composiciones, en forma y estilo que a menudo asemejan los de una competición en toda regla.

Todos estos fenómenos forman parte, sin embargo, de un entramado donde sería imposible e inconducente pretender separar a ninguno de sus elementos. Inmediatez, anonimia, democratización / degradación de la literatura, feed-back, son todos factores que integran el complejísimo escenario de la creación en el marco de la red.

Estrechamente ligado a la creación y recepción de los textos, está el fenómeno de la difusión. La obra deja de ser un producto cerrado (de ahí su antiguo carácter necesario y cuasi mítico) para pasar a ser, en el soporte hipertextual, un producto abierto a una recepción no sólo cualitativamente distinta, sino cuantitativamente mayor.

La literatura pierde, podríamos decir, su carácter trágico, la maldición de su sino: no hay el malditismo ni lo pretendidamente anticomercial. En internet vale todo porque nada vale (cuesta) nada. Mantener una página web es gratis y, en idéntica medida, es gratis publicar. De manera que no sólo se facilita el acceso de todo tipo de público a la obra, sino que se eliminan las vedas que antes se imponían al escritor.

La industria editorial tradicional, limitada por la carestía del papel, siempre estuvo flanqueada por criterios muy rigurosos de selección: desde el criterio de calidad hasta el



estrictamente comercial o, en el mejor de los casos, el de utilidad. En internet, en cambio, a pesar de que la difusión es potencialmente ilimitada, sigue siendo un hecho que sólo una élite, una parte imperceptible de la población mundial tiene acceso a la red; aun cuando es cierto que cada día son más los hogares (occidentales, eso sí) conectados, muy poco tiene que ver la situación real con la tantas veces pretendida *aldea global*.

Y hay que considerar que, en la nueva era cibernética, sólo en la medida en que la red esté al alcance de todos, también la cultura, en general, y el libro, en particular, estarán al alcance de todos como nunca antes.

Por otra parte, no hay que obviar la creación no-literaria (artística, filosófica, pictórica) y cómo el uso de internet se convierte en un punto de inflexión para todas sus manifestaciones, lo mismo que, en general, para casi toda actividad humana. En el mundo occidental, apenas hay arte o disciplina, institución, entidad o empresa que no estén convenientemente representadas en la red.

Es uno de los primeros factores que hay que tener en cuenta antes de abordar el tema de la creación en internet, en la medida en que a menudo esas diferentes expresiones artísticas y disciplinas se unen para formar creaciones en mezcla y, como se dijo, auténticos *collages*.

Pero si hay un factor que determina e incide en la creación literaria en internet, éste es, sin duda, la multiplicidad de los formatos. La gama es tan amplia y son tantas las posibilidades de combinación que me limitaré a presentar aquí los más usuales, a modo de reseña. Básicamente, es posible en la red estructurar los contenidos relacionados con la creación literaria en las siguientes formas:

1. En primer lugar, es posible encontrar páginas destinadas, exclusivamente, a la difusión. Es el caso característico de las webs donde quedan expuestas las obras de determinados autores, casi siempre conocidos por el público mayoritario y que, aun en los casos en que todavía viven, ignoran el volumen de su propia presencia en la red. En este sentido, es posible hallar obra y vida de los autores clásicos, de escritores ya desaparecidos, de los contemporáneos; basta introducir en cualquier buscador la palabra “escritores” o el nombre de un autor determinado para que se obtengan miles de páginas



como resultado. Cervantes o Quevedo, Pérez-Reverte o Cela, todos ellos cuentan con prolijas páginas en la red, ya se trate de webs oficiales, de editoriales, de instituciones o particulares.

No me detendré en esta tipología de webs porque las consideraré, antes bien, como un recurso literario más, equiparable a los libros electrónicos y los diccionarios.

2. Existen, por otro lado, webs creadas por sus autores, que son normalmente noveles y hacen de sus páginas personales un espacio para la autodifusión. Aquí la creación adquiere ya algo de dinamismo, y muchas veces se van exponiendo las obras al ritmo mismo en que se escriben. Aunque mínima aún, existe un cierto grado de interacción: normalmente, será posible contactar con el autor o autores, exponerles opiniones, sugerencias y, en definitiva, *intervenir* el proceso de la creación.

3. Por su parte, también las revistas culturales y literarias son en internet un espacio frecuente no sólo para la difusión de textos de autores de cierto nivel, sino para la presentación de otros, menos conocidos, que tienen la oportunidad de exponerse, de salir al ruedo ahí. A veces, esas mismas revistas gestionan talleres, listas, foros, para promover una verdadera creación literaria en red. Sin embargo, como espacios de publicación, pueden considerarse nuevamente medios de difusión y, como los anteriores, un recurso que no incide notablemente en los modos de recibir (leer) y crear.

4. Los foros, en cambio, permitirán trabajar con los textos de manera plenamente interactiva. Se trata de webs donde cualquiera (los suscriptores, cuando son foros privados) puede *colgar* sus creaciones, de tal modo que con frecuencia se termina haciendo una literatura en cadena, por efecto estímulo-respuesta.

5. Las listas de distribución son, por último, el más interactivo de los formatos. Las personas suscritas a una lista recibirán puntualmente en su casilla de correo todos los mensajes escritos por los integrantes del grupo, de manera que muchas creaciones serán respuesta a otras anteriores o, incluso, inconscientemente motivadas por ellas.

La diferencia fundamental entre lista y foro es que, mientras que para acceder al foro hay que entrar en la web y hay que sentir la necesidad específica de buscar la



comunicación o comunicar, en las listas el mecanismo de recepción-respuesta es mucho más automático: aun cuando hay muy diversas modalidades de suscripción, en principio el usuario recibe *todo* y, en la medida en que lee, se siente *abocado* a responder.

Tampoco son iguales las relaciones que entre sí establecen los internautas en una revista o web personal (donde se limitan a leer), en listas y foros.

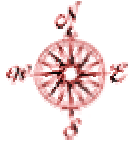
Cierto es que no hay plena unanimidad en cuanto a las denominaciones utilizadas, y habrá quienes llamen foros a las listas, etc. Y que existen fórmulas híbridas inclasificable en el esquema propuesto. Pero en general, cada espacio tendrá características peculiares y definitorias, en función de creadores, usuarios y materiales que en ellos circulen.

En definitiva, con la creación en internet se resiente el concepto mismo de literatura. En la red, en principio, puede escribir y puede leer quien quiera, ya que tanto acceso como publicación son, generalmente, gratuitos; no hay límite ni censura; y, en la medida en que cualquiera, desde cualquier lugar del mundo, puede estar leyendo, la imagen del receptor se difumina, a la par que se universaliza (o diluye) el fenómeno de la creación.

No obstante, hay que considerar el escaso prestigio de que aún goza la publicación en red. A pesar del auge de la comunicación y los soportes electrónicos, el papel continuará siendo el sello de reválida de la creación.

Internet es, hoy por hoy, comparable a una selva sin ley y sin señal: la apropiación indebida, la piratería, el plagio están a la orden del día, y no parece que se los pueda combatir sino con algo de cautela, mucho de conocimiento y más aún de sentido común. Sin embargo, no se trata de renunciar a los medios ni a las excelentes herramientas y posibilidades que la red pone a nuestro alcance, sino de que la resolución y las ganas – indispensables para explorar caminos nuevos– vayan parejas con la prudencia y la moderación.

La escritura ha dejado de ser el *ars sacra* que antaño fuera para transformarse en un ejercicio de comunicación casi impersonal; en los mensajes, fondo y forma se



difuminan en la pura inmediatez. En cierto sentido, queda la letra y desaparece la palabra; se disuelven escritura y búsqueda y sentido para dejar espacio a la mera comunicación. Y no hay necesidad de ser alarmistas, pero sí la exigencia de ser reflexivos frente al riesgo cierto de que, por hiperabundancia del *cómo*, se pierda de vista el *qué*.